

Testimonio de la hta Mariana o.p.
Hermanita del Cordero

Les cuento mi historia:

Vengo de una familia sencilla, trabajadora, en casa no había muchas riquezas, pero el tesoro que había era el amor. Mis padres, dentro de poco cumplirán 40 años de matrimonio y tuve la gracia de verlos vivir este amor entre ellos y transmitirlo a nosotros sus hijos.

En la adolescencia dejé de ir a la Iglesia, Dios estaba en un segundo lugar. Mi ídolo, era la música, la guitarra eléctrica, y poco a poco mi vida comenzó a vaciarse, mi vida no tenía sentido. Me vestía de negro y ese color reflejaba las tinieblas que había en mí.

Empecé las clases en la universidad y una madrugada, luego de estudiar toda la noche, se me ocurrió tomar la Biblia; era el pasaje de las Bienaventuranzas Felices los pobres... ¡Felices!... En mi interior sentía ese grito: ¡Yo también quiero ser feliz!, pero ¿Cómo? Al día siguiente se me ocurrió llevar esa Biblia a la universidad, la dejé en el banco y un joven se me acercó, se llamaba Fernando.

Era un joven católico que me habló de Jesús con tanto entusiasmo que me hizo volver a la Iglesia.

Con él aprendí tres cosas que fueron como una bomba en mi vida:

el Rosario cotidiano, la Eucaristía y la lectura de la Palabra de Dios, y mi vida cambió de un día para otro. Mi color no era más el negro, sino el blanco, mi vida tenía de nuevo un sentido, porque Jesús había vuelto a tener el primer lugar. Con Fernando empezamos un camino de noviazgo cristiano.

Una tarde entrando en una iglesia para rezar, encontré a unas hermanitas que cantaban las Vísperas, y esta oración monástica había llenado mi corazón. Esa misma noche en casa de Fernando le dije: “Esta tarde encontré a unas monjitas”, El de repente se pone a llorar, y me dice: “¡Tú también vas a ser monja!” Yo, completamente desconcertada, le digo: “¡Pero no!” El me dice: ¡No has visto tu cara! ¡es otra!

Luego de unos meses, buscando juntos hacer la voluntad de Dios, vi que el Señor me llamaba a entregarme enteramente a Él, y que elegir era renunciar a algo.

Dos cosas tocaron mi corazón cuando conocí a las hermanitas: la oración y la pobreza. La belleza de la liturgia cantada y celebrada, e ir junto con otros jóvenes universitarios al encuentro de los más pobres, los que viven en la calle y los de la periferia de Buenos Aires donde ellas viven .

Presentación de la Comunidad:

¿Quiénes son las hermanitas del Cordero?

Fuimos fundadas en Francia en Perpignan en 1983 y reconocidas por la Orden Dominicana en ese mismo año.

Es una vida contemplativa en medio de los pobres, dejándonos recrear por la Palabra de Dios en la oración, la celebración de la liturgia, el estudio de la Palabra, retirándonos regularmente “al desierto”.

Es una vida de anuncio del Evangelio en pobreza: como Jesús envió a sus discípulos, vamos de dos en dos o de tres en tres, de puerta en puerta, pidiendo el pan de cada día, como testigos del amor mendicante de Dios.

Este anuncio del Evangelio lo hacemos también en el ambiente universitario. La comunidad comenzó de esta manera, cuando nuestra primera hermanita, acompañada por unos jóvenes fue al encuentro de los que estaban perdidos y en las tinieblas durante las noches en los barrios difíciles de París.

Vida consagrada y matrimonio:

Lo primero que hice cuando me dijeron que tenía que dar este testimonio, fue rezar por cada uno de ustedes, por sus países, por la realidad que les toca vivir cada día como jóvenes, los llevaré desde ahora en mi corazón y en mi oración.

Después, tomé el Catecismo de la Iglesia Católica, leí y medité sobre el tema del sacramento del matrimonio y del sexto mandamiento: “No cometerás adulterio.”

Dentro del capítulo del sacramento del matrimonio, el catecismo consagra una parte a la virginidad para el Reino de los cielos. Y en el capítulo del sexto mandamiento dedica una parte a la vocación a la Castidad. Parecen dos cosas que se contradicen, pero en realidad no, diría más bien que una y otra se complementan, una es para la otra motivo de crecimiento mutuo.

Cito dos frases del Catecismo:

Como “*el matrimonio cristiano viene a ser por su parte signo eficaz, sacramento de la alianza de Cristo y de la Iglesia.*” (CIC 1617), también “*la Virginidad para el Reino de Dios, es signo transcendente del amor de la Iglesia hacia Cristo, imagen escatológica de esta Esposa del Cielo y de la vida futura.*” (CIC 923)

Cristo es el Esposo de la Iglesia; me gusta mucho la manera con la que Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) habla de este misterio en una exhortación que hizo a sus hermanas carmelitas hablando del voto de castidad. Ella dice:

“Los hombres marcados por el pecado original son incapaces de no apegarse a los bienes que poseen, así toda afección puramente natural corre el peligro de degenerar en pasión, con todas sus desastrosas consecuencias. Para ello Dios nos ha concedido dos remedios: el matrimonio y la virginidad...El matrimonio es un gran misterio en cuanto símbolo y signo de la unión de Cristo con la Iglesia, y al mismo tiempo, como su instrumento. Pero la virginidad es un misterio aún más profundo: no es sólo símbolo e instrumento, sino también participación de la unión conyugal con Cristo y su fecundidad sobrenatural.”

Santa Teresa Benedicta de la Cruz “Escritos espirituales” Edith Stein, Ed. B.A.C. pp163-165

La vida no viene de nosotros, viene de Dios que nos crea y que se entrega a nosotros. Dios que nos da la vida nos modela con un amor que se entrega y se ofrece. a la respuesta de amor del hombre- a nuestra respuesta de amor-. El nos enseña lo que es el Amor: dar todo al otro, darse al otro, el amor hacia el otro es el fundamento de la vida matrimonial. La vida consagrada anuncia y revela lo que es el amor, ¿Pero cómo? Entregándose con un corazón indiviso al Señor, que nos ama sin medida. Nuestra vida de alianza con el Señor manifiesta la alianza de amor de Dios con cada hombre, Viviendo esta alianza personal con el Señor, el matrimonio se fortalece.

¿Cuáles son las gracias que experimento viviendo la virginidad consagrada?

Son dos: La fecundidad y la alegría

La fecundidad:

En una homilía Juan Pablo II dijo:

«Consagrados al amor de Dios, vosotros religiosos y religiosas no sois seres perdidos para el pueblo, más bien al contrario. En vez de ser padres y madres de una pequeña familia y con una descendencia física, sois padres y madres a través de una descendencia espiritual dentro de una familia mucho más numerosa, la sagrada familia de Dios, la Iglesia, “Madre y Maestra” de los pueblos.» Juan Pablo II, Angola, Martes, 9 junio de 1992.

La obediencia, la pobreza y la castidad es pasar de tener las manos cerradas con la intención de poseer (poseerme, poseer a alguien, poseer algo) a tener las manos abiertas para recibir.

La obediencia sin amor es esclavitud, la pobreza sin amor es miseria y la castidad sin amor es esterilidad. Entonces podemos decir que la castidad con amor es fecunda.

Una palabra que fue fundamental para el último paso en preparación a mi profesión perpetua, es la del Evangelio según San Juan en el capítulo 15: “Permaneced en mi amor...quién permanece en mí y Yo en él ese da mucho fruto.” El fruto es el amor y la fuente de este amor la encuentro en la Eucaristía y en la oración.

El fruto es también la misión, porque el Señor nos envía hacia todos los que sufren, los que necesitan conocer su amor. La desdicha de muchos es pensar que nadie los ama, pero Dios me ama con un amor eterno y la luz del Creador brilla en mi corazón, lo único que tengo que hacer, es dejar desbordar este amor, que el mundo necesita. Para nosotras la misión es el lugar donde experimentamos la fecundidad.

Una vez dos hermanitas fueron al comedor de Madre Teresa en Barcelona, haciendo la cola con los pobres, esperando su comida como uno de ellos, se sentaron a la mesa, y frente a ellas un hombre comienza a llorar, y la hermanita le dice: “¿Porqué lloras?” El le responde: “Porque hoy la Iglesia come conmigo...” Eran lágrimas de alegría por el hecho de compartir con nosotras su comida.

Como está escrito en nuestro propósito de vida:

“Anunciar el Evangelio desde el fondo de una presencia, la de Jesucristo, ésta es nuestra misión...que a través de nuestras vidas brille y resplandezca en medio de los más pobres a los cuales somos enviadas, la faz de nuestro Señor Jesucristo, el Resucitado de entre los muertos.” (Del Propósito de vida de las hermanitas del Cordero)

La alegría:

Quizás se preguntan: ¿ Pero cómo “ser feliz” en el día de hoy viviendo una vida religiosa?

La alegría fue el primer signo de mi vocación, no era una alegría mundana como una goma de masticar que después de unos minutos se vuelve insípida, sino una alegría purificada, que muchas veces me ha pedido un sacrificio, pero que permanece, son esos momentos que nunca se olvidan. Pienso en los padres de ustedes, muchas veces han hecho tantos sacrificios para educarlos, para darles lo mejor; a cuántas cosas habrán renunciado por ustedes! Un acto de amor, no siempre es un acto que tiene como finalidad mi alegría, pero tiene como meta al otro, para mí este Otro con mayúscula, es Dios.

La castidad no es una privación, sino una escuela para aprender a amar a la manera de Jesús, es El el casto, el pobre y el obediente.

Nuestro Santo Padre Benedicto XVI al inicio de su pontificado nos dijo: *“¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida.”*

Domingo 24 de abril de 2005

Antes de entrar en la comunidad , en oración, delante de Jesús Crucificado le decía estas palabras: “¡Demuéstrame tu amor!”, repitiéndolas sentí como una voz en el corazón que me dirigía estas mismas palabras a mí. Vi que en la Cruz, Él ya me había demostrado su Amor, ahora me tocaba a mí responderle.

Por último les dejo una frase de nuestro Santo Padre Benedicto XVI de estos últimos días:

“La Iglesia se hace luminosa y bella por la fidelidad a la vocación de esos hijos suyos y de esas hijas suyas que no sólo ponen en práctica los preceptos evangélicos, sino que, por gracia de Dios, están llamados a observar sus consejos y dan testimonio así, con su estilo de vida pobre, casto y obediente, de que el Evangelio es fuente de gozo y de perfección.”

Ben XVI Audiencia general, 3de marzo de 2010

Sí es verdad, el Evangelio para mí es fuente de felicidad, ahora puedo decir esa frase de las Bienaventuranzas: ¡Felices los pobres!.Sí, en Él, en Jesús pobre, encontré mi verdadera felicidad. Espero que en estos días cada uno de ustedes pueda recibir este fruto y que cuando vuelvan a sus casas, a sus realidades cotidianas puedan experimentar esta belleza de ser Cristiano, de saberse amados por Jesús.

¡Gracias!